

«Increíblemente buena.  
Extraordinariamente buena.» Patrick Rothfuss

- THE CRAFT **LA** SEQUENCE -

# PRIMERA Y ÚLTIMA NIEVE

MAX GLADSTONE

 Planeta

MAX GLADSTONE

LA PRIMERA  
Y ÚLTIMA NIEVE

Traducción de Alejandro Romero

Título original: *Last First Snow*

© Max Gladstone, 2015

Publicado por primera vez por Tor Books

Derechos de traducción contratados por DBA D4EO Literary Agency  
y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

Todos los derechos reservados

© por la traducción, Alejandro Romero, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Publicado de acuerdo con Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Primera edición: febrero de 2019

ISBN: 978-84-08-20326-1

Depósito legal: B. 965-2019

Composición: Planeta Realización

Impresión y encuadernación: Rotapapel

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Para ser dioses falsos, proyectaban sombras largas.

Elayne Kevarian, el Rey de Rojo y Tan Batac estaban a horcajadas por encima de Dresediel Lex. La vasta ciudad que alguna vez había sido sagrada se extendía a los pies de Elayne, kilómetros y kilómetros de adobe, acero, obsidiana, cromo, hormigón, asfalto, madera, cristal y roca. Sus brazos envolvían la bahía al sur de Stonewood y al norte de Worldsedge. Varios caminos llegaban hasta la cima de Drakspine y volvían a bajar como una cascada hacia el este, en dirección a Fisherman's Vale. Había buques portacontenedores del tamaño de hojas caídas atracados en los muelles y los embarcaderos de juguete del puerto de Longsands, cerca del Skittersill.

El Rey de Rojo, un esqueleto de más de un kilómetro de altura con una túnica larga y holgada, estaba de pie en el mar. Las olas rompían alrededor de sus tobillos y la punta de su bastón de mando. Tan Batac había encontrado una cresta que usar a modo de silla en Drakspine para observar desde allí. Pero ellos no eran el público de Elayne.

Ella alzó la mirada.

Los ojos de la jueza Cafal destellaban en el cielo, unos

soles gemelos que observaban a Elayne mientras aguardaba a que cometiese su primer error.

—Hemos esperado demasiado —dijo Elayne al tiempo que se paseaba por un laberinto de callejones cerrados. Cada golpe de sus tacones negros habría aplastado una manzana de casas entera en el mundo de la vigilia, pero, al pasar, los edificios y los humanos, del tamaño de termitas, permanecían intactos—. Cuarenta años desde la Liberación. Cuatro décadas desde que ganamos las Guerras de los Dioses en Dresediel Lex; sin embargo, esta ciudad sigue consumiéndose bajo las guardas y los edictos de deidades que murieron hace mucho. Dioses que nosotros mismos matamos. —Con un gesto de la mano y un giro de hechicería helada, levantó la cubierta de la ciudad para mostrar las guardas a las que se refería: hileras de una enfermiza luz verde debajo del laberinto—. Los antiguos dioses y sacerdotes reservaban el distrito del Skittersill para la clase marginal. Los esclavos vivían y morían en sus calles. Los guardias del templo buscaban sacrificios aquí. El Skittersill ha cambiado desde la Liberación, pero las antiguas guardas permanecen.

Ni el Rey de Rojo ni Tan Batac la interrumpieron. La habían contratado meses antes para mediar en sus negociaciones en todo el Skittersill, y ese día el esqueleto y el pequeño hombre redondo con ojos afilados habían acudido a presenciar su triunfo. Ella sospechaba que cada uno de ellos aún creía que se estaba llevando la mejor parte del trato, y esperaba que fuera así.

—Estas guardas señalan el Skittersill como un protectorado divino. Como resultado, ninguna propiedad puede comprarse o venderse aquí, lo que hace que asegurar o re-

formar sea difícil, abarata el precio de los alquileres, y eso invita a la delincuencia y a la decadencia social. El objetivo de las guardas era mantener el Skittersill pobre y a sus habitantes controlados. No hay lugar para ellas en una ciudad libre. Mientras Dresediel Lex va creciendo, éstas se convierten en un punto débil. La hechicería moderna las drena de toda su fuerza. A corto plazo, simplemente restringen el crecimiento, pero, a largo plazo, fracasarán.

Elayne levantó una mano, como un director de orquesta que indicara un *crescendo*.

El cielo destelló en respuesta y el fuego arañó el verdor bajo sus pies. Las guardas se desmoronaban sin dioses que las respaldaran, y la ciudad ardía. Bocanadas de humo se extendían hacia el norte desde el Skittersill, en dirección a los distritos más ricos. El pánico había fundido los millones de pequeños gritos en un gran alarido ininterrumpido.

Cuando la ciudad quedó reducida a cenizas, Elayne devolvió la ruina a su vida anterior y la destruyó de nuevo. La peste y, esta vez, el virus se extendieron dejando un rastro de color púrpura que pronto llegó hasta el oeste, hasta el Imperio Brillante a través del ondulante Pax. Después de la peste, hambrunas, revueltas. Sequías, que a su vez llevaron más revueltas, hambrunas y peste. Una revolución zombi. Apagones. Terrorismo. Crímenes. Posesiones demoníacas. Con cada chasquido de sus dedos, un apocalipsis.

Cada ciudadano de Dresediel Lex murió cien muertes, gritando.

—El Skittersill es vulnerable, está indefenso. Todos estos eventos fatales ocurrirán si las guardas siguen sin cambiar.

La jueza Cafal observaba desde el cielo impasible, sus

ojos como un par de estrellas iguales. ¿Se lo había tragado, o le estaba siguiendo la corriente, dándole a Elayne más cuerda para colgarse?

Lo mejor era continuar.

—Permítanme que les muestre un futuro mejor.

Invocó su poder, los tratos y los contratos redactados con hechicería para ese momento. A su alrededor y por debajo de ella surgió un palacio de cristal. Los barrios más pobres desaparecían frente a torres de cristal, los laberintos de almacenes se volvían patios en los que las fuentes corrían. (Las fuentes eran el toque de Tan Batac, lo que resultaba poco factible en el seco Dresediel Lex, pero astuto por esa misma razón: un futuro de lujo imposible les esperaba si la jueza aprobaba su trato.) La piel de lagarto cuarteada de Dresediel Lex se transformó en un oasis enjogado.

No obstante, todo ello no tenía la menor importancia, desde luego. La nueva ciudad podía tener la apariencia que quisieran: capiteles flotantes, zigurats imponentes, incluso más pirámides. La forma no era la cuestión. Bajo ese esplendor translúcido, la hechicería reemplazaba las guardas verdes establecidas por los antiguos dioses muertos. Glifos de telaraña labrados a máquina resplandecían, círculos giraban dentro de otros círculos más grandes, trazados en lenguas olvidadas y otras aún inexistentes. Incontables líneas radiaban dentro y fuera para envolver el Skittersill en hechicería.

Elayne Kevarian se permitió sentir una mínima pizca de orgullo.

Cinco meses de trabajo para llegar a ese momento. Cinco meses de paciente meditación entre el Rey de Rojo,

temible señor que había arrancado Dresediel Lex de las manos de sus dioses, y Tan Batac, terrateniente del Skittersill. Cinco meses para construir, con hechicería, nuevas guardas que podían, en su propia y sincera opinión, equipararse a cualquiera que hubiese visto antes.

Algunos artistas se conformaban con crear un reflejo del mundo.

Ella sometía sus guardas a las mismas pruebas que aquellas de los dioses.

Los incendios se extinguían, las plagas se dispersaban, las revueltas se contenían, las hordas demoníacas retrocedían hasta los infiernos. La ciudad seguía en pie.

—Nuestra propuesta liberará al Skittersill de la mala teología y de una peor planificación urbanística. Haremos de ésta una ciudad mejor.

Alzó la mirada y contempló los soles gemelos suspendidos en un cielo de un azul tan profundo como el de las pinturas sobre porcelana. Aguardó el veredicto.

El tiempo siguió avanzando lentamente. Las torres de cristal de su triunfo brillaban.

—No —dijo la jueza.

El mundo se abrió de golpe y ellos cayeron dentro de él.

—¿Por qué no? —preguntó Elayne más tarde, en la oficina de la jueza, mientras caminaba de un lado a otro.

A pesar de su tamaño, y de su opulencia de bronce y cuero, la oficina parecía pequeña. Todo parecía pequeño en comparación, después de haber estado de pie a horcajadas sobre la ciudad en la proyección del Tribunal. El espíritu de Elayne no lograba asentarse aún dentro de su piel.



Siempre le llevaba un poco de tiempo a la mente acostumbrarse otra vez a la restricción de la carne. Los colores en el mundo de la carne eran menos vívidos. El tiempo se movía con una lenta rigidez. Incluso el poco sol que entraba por las ventanas de la oficina se veía opaco.

La jueza Cafal permaneció en silencio, sentada detrás de su escritorio, cubierto de murallas de papeles y carpetas de casos y mociones, inmóvil y achaparrada como un ídolo del Imperio Brillante. Sus ojos azules, que ya no parecían soles, asomaban por detrás de unas gafas de montura gruesa, una mirada muy poco común allí, en Dresediell Lex, donde los ojos solían ser negros y el cabello oscuro.

—¿Encuentra algún problema en mi trabajo? —continuó Elayne—. Es un acuerdo razonable.

—Puede que sea razonable, pero no es un acuerdo. —En persona, Cafal parecía casi humana. Su voz era vieja, marchita y fuerte, con un zumbido severo en su registro superior que sugería una operación de garganta—. No has tenido en cuenta todos los factores.

—Entre el Rey de Rojo y el colectivo mercantil de Tan Batac, tenemos el control de los derechos de uso de la vivienda en el Skittersill. ¿Quién más queda por considerar?

Un error de principiantes; Elayne se percató mientras articulaba las palabras: nunca plantees una pregunta si no estás seguro de su respuesta.

Los dedos cortos de Cafal se deslizaron por el borde de un terraplén, y sacó una gruesa carpeta. Los documentos del interior salieron volando para quedar flotando entre ellas, a la altura de los ojos de Elayne.

—Aquí hay una muestra de las cartas, no podría llamarlas *informes*, que he recibido respecto a la revisión de

las guardas. El contenido varía, desde argumentos bien razonados planteados por legos bien educados hasta diatribas sangrientas que incitan a que todos seamos sacrificados a los viejos dioses durante el próximo eclipse. Si a eso le añadimos informes de disturbios en el Skittersill, manifestantes y otras cosas similares... Pinta una imagen bastante clara.

Elayne no sabía nada de esos informes, pero no pensaba admitirlo delante de la jueza. Echó un vistazo a los papeles en silencio, y al hablar tuvo que esforzarse por controlar la voz.

—Si esas personas deseaban contribuir en el proceso, deberían haber seleccionado representantes.

—¿Acaso se los invitó a hacerlo? —La boca demasiado ancha de Cafal casi esbozó una sonrisa.

—Eso es obstruccionismo, no política.

—Tal vez tengas razón —dijo Cafal—, pero tengo las manos atadas. Después del brote de violencia en Alt Seline, el poder judicial decidió someter toda queja ciudadana a un cuidadoso examen. Ya no sólo cubrimos unas cuantas ciudades libres aisladas; nuestro sistema debe proteger a medio mundo. Hemos invertido demasiado en esto como para seguir pasando por encima de la oposición pública.

—Necesitamos estos cambios. ¿Cree que una plaga permanecerá confinada en el Skittersill sólo porque empieza ahí?

—Lo sé. Créeme, si tu propuesta me pareciese frívola, estaríamos teniendo una conversación distinta. Y, si pudiésemos ignorar estas cartas, lo haría con mi corazón de hierro henchido de alegría. —Elayne dudó que la jueza bromeara con respecto al corazón—. Pero necesito algo

que traer de vuelta al poder judicial. Muéstrame un acuerdo con esta gente, o prueba su incoherencia, y podré ayudarte. De lo contrario, sería mi voluntad contra el Tribunal Supremo, y ya sabes cómo resulta eso.

—Gracias, señoría.

—Buena suerte, Elayne. La necesitarás.

—¿Cuándo exactamente —preguntó Elayne mientras avanzaba junto al Rey de Rojo y Tan Batac por los pasillos de mármol del Tribunal— pensabais hablarme acerca de las protestas del Skittersill?

—Elayne —dijo el Rey de Rojo. Estiró la mano para tocar su brazo, pero ella se apartó y se dio la vuelta.

El esqueleto se detuvo en seco, con los huesos de sus pies y su bastón bañado en cobre repiqueteando sobre el mármol. Si bien Kopil resultaba imponente en su forma actual, a Elayne le resultaba más sencillo lidiar con él así que cuando tenía piel y músculos y todos los órganos normales de un ser humano. Para empezar, el rey esquelético era más bajo: los pocos centímetros que el hombre había perdido en su transformación de criatura de carne a criatura de hechicería lo habían reducido a una estatura razonable de un metro ochenta y tantos, sólo unos pocos centímetros más alto que ella. Antes, era un gigante.

Seguía siendo un gigante, pero ahora era más fácil mirarlo a los ojos, siempre y cuando uno supiera cuál era el truco para entablar contacto visual con un esqueleto. Ella lo sabía.

—Kopil. —A Elayne le resultaba fácil mantener un

tono frío en su voz—. Si quieres jugar, hazlo, pero no me hagas quedar como una tonta frente a una jueza.

El esqueleto sacudió la cabeza.

—¿Qué problema tiene con nuestra propuesta?

—¿Manifestantes? ¿Campañas para redactar y enviar cartas? ¿Algo de eso te suena familiar?

—Indignante.

Eso último no lo había dicho el Rey de Rojo, sino Batac. Elayne consideró, por un breve momento, la posibilidad de destripar al hombre, pero al final decidió no hacerlo. En su experiencia, salpicar los pasillos de un tribunal de sangre y otras cosas por el estilo rara vez era una buena idea. Aquella vez en Iskar había sido un caso especial.

—Esas cartas no tienen cabida aquí. —La voz de Batac reflejaba su ira, y su rostro estaba enrojecido. Si Elayne no lo conociera, habría jurado que algún dios insignificante había creado al hombre sobre todo para reuniones de comité y políticas de vecindario—. La mafia que las envió no tiene ninguna posición ni ningún objetivo más allá de bloquear las calles para impedir que la gente decente llegue a su trabajo.

—Así que los dos estabais al tanto de esto.

Kopil levantó ambas manos.

—Es una protesta, Elayne. ¿Desde cuándo son un problema? Solíamos arrancar guardas divinas a diario durante las Guerras de los Dioses. Esas personas no tienen hechiceros ni hechiceras. Son problema de los agentes de la ley.

—¿Acaso la jueza pretende que invitemos a venir a cada muchacho con un desafortunado corte de pelo de las calles del Skittersill al Tribunal? —Tan Batac estaba que echaba humo—. Esto es una venganza. Quiere humillarme frente a mis socios.

Batac no había terminado, pero Elayne no esperó a que lo hiciera.

—Seguidme.

El Tribunal de Hechicería era un lugar demasiado público para mantener esa conversación. Algunos hechiceros sentados bajo los murales del vestíbulo parecían estar sospechosamente absortos en sus periódicos. Una mujer esqueleto con una falda de tubo parecía estar discutiendo con una mujer de piel verde, pero las dos llevaban como un minuto sin decir nada, y ambas habían cambiado su posición para poder observar al Rey de Rojo. Había oídos por todas partes. Incluso cuando los oídos eran meramente metafóricos, como en el caso de los esqueletos.

Guio a Batac y a Kopil a través de unas puertas giratorias de cristales ahumados, fuera del frío elemental del Tribunal y hacia el calor de Dresediel Lex. Las industrias y los gases producidos por una ciudad de catorce millones de personas nublaban el seco cielo azul. Pirámides que sobresalían del suelo, montañas artificiales que se burlaban de los rascacielos suspendidos boca abajo en el aire, y modernas torres de vidrio y acero que brotaban de la tierra por debajo de ellos. Un autobús aéreo sobrevoló sus cabezas, y los alcaides sin rostro de la ciudad pasaron volando, montados en sus couatls. Había más alcaides haciendo guardia frente al Tribunal, humanos con el rostro cubierto con máscaras de plata. Portaban picas ceremoniales para indicar peligro a aquellos que no sabían que los propios alcaides eran armas en sí mismos.

Elayne detuvo un taxi, sin dirigir una mirada siquiera a los alcaides o a la ciudad. Ya conocía la ciudad, y nunca permitiría que los alcaides se dieran cuenta de que la po-

nían nerviosa. Sus máscaras eran anteriores a su trabajo en Alt Coulumb, a los trajes negros y los pasatiempos más erróneos de Alexander Denovo; aun así, ella prefería ver el rostro y conocer el nombre de cualquier obstáculo potencial.

Una hechicera podía hacer toda clase de cosas una vez que conocía el nombre de su enemigo.

Batac y Kopil la alcanzaron en el interior de terciopelo verde del taxi. Elayne le indicó al caballo que los llevara a las oficinas de RKC, cerró la puerta y las ventanillas y asintió con aire de satisfacción mientras el carruaje se ponía en movimiento. Los otros dos se sentaron frente a ella, el hombre de negocios y el esqueleto que alguna vez había sido mortal.

Ella cerró los ojos, se centró y abrió los ojos otra vez.

—Cafal tiene que justificar sus acciones ante el poder judicial, y hace unos cuantos meses éste decidió ser más cuidadoso con las protestas civiles. El último invierno hubo un brote en Alt Selene, y no se arriesgarán a que ocurra aquí.

El esqueleto asintió. Las chispas carmesí de sus ojos se atenuaron mientras pensaba.

—No lo entiendo —terció Batac—. Los manifestantes no tienen hechiceros. ¿Por qué iban a representar una amenaza?

El Rey de Rojo respondió por Elayne.

—Pueden destruir el mundo.

—Oh —dijo Batac—. Bueno, siendo así...

El carruaje se sacudió al pasar por un bache en los adoquines. Batac era un empresario, no un mago ni un sabio. Elayne consideró la situación por un vibrante minuto,

pensando cómo exponer el problema en términos sencillos.

—Las creencias dan forma al mundo. Los sueños tienen sustancia.

—Desde luego.

—Y nosotros queremos reescribir el Skittersill, reemplazar las leyes de los dioses con las nuestras.

—Ésa es la idea.

—Pero los manifestantes se resisten a nosotros. Su visión va en contra de la nuestra, y las disputas tuercen y debilitan la realidad, de modo que cosas del más allá pueden abrirse paso. El Tribunal piensa que esas personas tienen la determinación suficiente como para que cualquier intento de rechazar sus objeciones pudiera abrir un agujero en el espacio y dejar que entraran los demonios.

—Cinco meses de mediación. Un año hasta reclutar a mis asociados. Y ¿ahora tenemos que volver a la mesa de negociación hasta que logremos satisfacer a un grupo de fanáticos?

—No exactamente —repuso Elayne—. No tenemos que satisfacer a nadie si no hay «nadie» a quien satisfacer. Si esas personas son inconsistentes, si no nos enfrentamos a un solo movimiento, sino a miles de molestias, entonces el Tribunal puede oprimirlos a todos, poco a poco. Claro que, si hacemos eso, podríamos estar intercambiando un conflicto mágico por uno físico. Sea como sea, necesito saber más. Debería haber sabido más desde el principio. En adelante, nada de secretos. —Este último comentario lo dirigió directo al Rey de Rojo—. ¿De acuerdo?

El caballo viró para esquivar unos vehículos siniestros delante de ellos. A través de las cortinas de terciopelo

verde, Elayne no alcanzaba a distinguir quién estaba herido ni quién había sido el responsable. Vio una sombra negra de escombros y oyó gritos y hombres que lloraban.

Mientras pasaban junto al lugar del accidente, Tan Batac levantó la cortina con un dedo y se asomó, parpadeando debido a la luz pura o a lo que acababa de ver. Soltó la cortina y el pedazo de terciopelo volvió a bloquear tanto la luz como la tragedia.

—De acuerdo —dijo Kopil.

—Está bien —asintió Batac.

No era un rotundo respaldo, pero serviría.

—Mandadme todo lo que sepáis de esa gente —pidió Elayne—. Iré allí mañana.